



Entrevista con William Ospina

Para cantar los fulgores y la codicia de América

Arturo Mendoza Mociño

William Ospina es uno de los escritores más importantes de la literatura colombiana actual, autor de Las auroras de sangre y Ursúa, Ospina ha logrado convertir la prosa en un festín poético. En esta entrevista el autor comenta algunas de las facetas que componen su obra.

A Juan de Castellanos los poetas lo llaman historiador y los historiadores lo declaran poeta para no tener que ocuparse de él. Su oceánica obra, Las elegías de varones ilustres de Indias, desde su publicación en España en 1589, ha provocado rechazo porque su magnitud acobarda. Aun así, el escritor colombiano William Ospina reivindica su valía literaria e histórica a través de dos obras claves: Las auroras de sangre y Ursúa, un ensayo y una novela que han abrevado en este poema épico que representa la primera pieza literaria de por lo menos diecisiete países latinoamericanos. Ospina, figura central de la delegación colombiana que asistió a la FIL Guadalajara 2007, habla aquí de aquel poeta que fue guerrero.

Estaba allí. En América, como conquistador. Los otros soldados, alude, para apuntalar su singularidad varios siglos después, el poeta colombiano William Ospina, pa-

saban por los campos con la mirada fija en un invisible confin lleno de oro, y no veían casi nada de lo que había ante ellos porque iban de prisa.

Querían oro. Riqueza pronta. Todo lo demás carecía de interés. No tenía valor. Las selvas eran obstáculos, prosigue Ospina, los caminos extravía, los animales eran peligros, los insectos eran mortificaciones, los indios eran barbarie, las culturas eran superstición.

Se llamaba Juan de Castellanos y desde 1539 andaba de isla en isla, buscando fortuna, preguntándose si su destino sería el comercio o las expediciones guerreras, la riqueza ganada por las armas, la fama ganada por los hechos, o una gloria imprevisible como héroe o como mártir. Todo era posible en aquel tiempo, cuando España era dueña del mundo y un nuevo continente acababa de surgir de los mares como un sueño desmesurado e inexplorado, lleno de terrores y promesas.

“Largas navegaciones habían hecho de él un marinero experto; conocía las crueldades de los traficantes de perlas, el sonido de los hierros candentes en la carne de los esclavos, el clamor de las tempestades antillanas, la fuga del venado por el monte, el viento incesante de los desiertos, la sensación de estar perdido donde no habrá socorro, y el modo como llegan a la playa los restos del naufragio”, escribe Ospina en su ensayo *Las auroras de sangre* (Editorial Norma, 1998), un libro donde analiza *Las elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos, un océano poético compuesto por 113 mil 609 versos.

Al evocar su lectura, Ospina, quien también es un connotado novelista y ensayista en su país, afirma:

Estaba escrito con tanta destreza, con rimas tan ricas, con una nitidez del relato y con una precisión del dibujo que no parecía posible ni en su época ni en el conjunto de la tradición española, más inclinada por la abstracción, cuando no por la imprecisión, y muy poco dispuesta a considerar poéticas las comunes circunstancias del mundo. Me conmovió su paciente y austera belleza.

Por las páginas escritas por Juan de Castellanos, explica Ospina, se alzan ante nuestra mirada las selvas de América como fueron hace mucho, antes de que nuestra desdicha las arrasara; cómo arden las poblaciones, cómo cruzan el aire los dardos, cómo entra la punta en-

venada en el pecho del guerrero, cómo azotan el agua las zarpas del tigre, cómo alza su cabeza espantada la anaconda con un venablo en el ojo inmenso, cómo queda impresa la dentellada del caimán en el flanco de la canoa, cómo cuelga de una horca un indio vestido con un talar de fraile, cómo se pierden por secas serranías las huellas de unos hombres famélicos agobiados de oro, y no me resigno a que esas cosas espléndidas sigan perdidas, confiesa el colombiano.

E insiste:

La poesía del mundo recién descubierto requería una mirada capaz de apartar el velo que ponen siempre sobre nuestros ojos la tradición y los hábitos; requería proponer algo tan familiar que pudiera ser comprendido y tan nuevo que captara de verdad la realidad física y mental de un mundo distinto. Y para ello un poeta tendría que dejar de ser sólo español: tendría que hacerse también americano.

Castellanos no duda en quedarse en América porque aquí, como él mismo escribe, ha encontrado una:

Tierra de oro, tierra bastecida,
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,



Cartagena, 1969



Cartagena, 1968



Cartagena, Calle de la Mantilla, 1968

Tierra donde se ve gente vestida,
Y a sus tiempos no sabe mal la brasa;
Tierra de bendición clara y serena,
¡Tierra que pone fin a nuestra pena!

Así fue que comenzó a cantar “con voz anciana” y después de haber ordenado en prosa toda la vasta información que había recogido. Sus cuadernos llenos de datos, fechas, nombres, de los que habla a menudo, debían ser muchos, y aunque no siempre lo escribiera, el acopio de aquellos datos había tenido lugar durante las campañas mismas. A partir de cierto momento no sólo recogió personalmente todos los relatos escritos y mantuvo correspondencia con numerosos testigos, sino que tuvo que cotejarlos (a veces hasta diez versiones distintas) para llegar, como un buen historiador, a una versión justa.

EL INDÓMITO GUERRERO VENCIDO POR SU CURIOSIDAD

Juan de Castellanos fue bautizado en Alanís el domingo 9 de marzo de 1522, y debía haber nacido muy poco antes. Alanís es un pueblo andaluz que, fiel a su nombre, tiene dos alanos rampantes en su escudo de armas. Fue un joven humilde que recibió una educación más refinada que el común de los conquistadores, tenía una sensibilidad típica del Renacimiento, y mostraba una delicadeza de la percepción que ya habrían querido en América otros poetas posteriores.

Él era parte de aquel tiempo donde indómitos guerreros americanos, refiere Ospina en *Auroras...*, defendieron

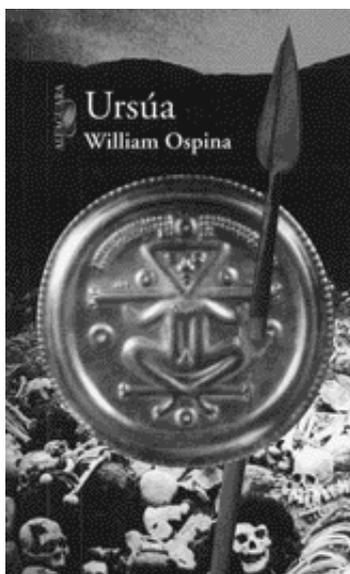
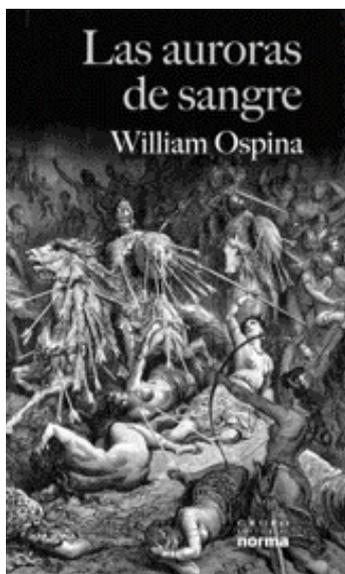
su mundo y su gente con extremos de valor y de abnegación, y una legión de europeos temerarios protagonizó episodios dignos de los héroes clásicos de la leyenda y de la mitología, aventuras y desventuras para ser guardadas por las generaciones posteriores.

Uno de esos guerreros, Pedro de Ursúa, despertó el entusiasmo narrativo de Ospina y el año pasado dio a conocer la primera parte de una trilogía sobre conquistadores españoles que actualmente escribe. El primer tomo, *Ursúa* (Alfaguara, 2005), ha tenido varias ediciones en Colombia y durante varios meses se mantuvo imbatible en los primeros lugares de ventas.

En su casa de Bogotá, en medio de un silencio total, el escritor evoca a aquellos hombres que se internaron en lo desconocido con bravura y resolución. Se le refiere que *Auroras...* tiene una resonancia apocalíptica y se le pregunta si, en realidad, fue tan trágica aquella época.

No, para tragedias, las que hay en *Ursúa*, responde Ospina, *Auroras...* es un ensayo sobre un poeta que dedicó la mitad de su vida a las conquistas y a las guerras, pero después se encerró en un claustro en Tunja para escribir un poema infinito.

Nada casual resulta esa decisión porque aquellos tiempos estaban colmados de grandes hechos de armas. Como el mismo Ospina escribe en *Auroras...*, España ha conquistado el mundo: ha desterrado a los judíos, ha expulsado a los moros, ha vencido a los italianos, ha amilanzado a los franceses, ha puesto límites a los portugueses, ha refrenado a Solimán en Hungría, ha sometido a los aztecas, ha avasallado a los incas, ha dominado a los chib-



chas. Y los franceses reciben con frialdad sus hazañas y no las celebran, los húngaros y los polacos las tratan con aspereza, los turcos las abominan, los hombres de las Indias orientales las menosprecian, los moros no las estiman, los alemanes, o las niegan, o las reclaman para sí, los italianos consideran infortunio oír contar esas hazañas, y hasta los “bárbaros” de estas Indias occidentales quieren “disminuir la grandeza de aquéllos que los conquistaron, poniendo excusas a su sujeción”.

Es el canto de los guerreros y en ella hay varios tenores: Bernal Díaz del Castillo, Alonso de Ercilla y nuestro hombre en cuestión: Juan de Castellanos.

“A las cruzadas que ya habían emprendido contra moros, judíos y reformistas añadieron la ocupación de las mayores ciudades de entonces: sometieron a Tenochtitlán en 1521, saquearon a Roma en 1527, arrasaron al Cuzco en 1532. No sólo América miraba sus hazañas con un pasmo de incredulidad: también Europa sentía un espanto singular hacia ellos”, refiere Ospina.

Por eso es tan singular Juan de Castellanos, insiste Ospina, porque él había estudiado y había sido discípulo de un letrado en Sevilla. Sabía latín. Tenía algo que la mayor parte de los conquistadores no poseían: curiosidad mental.

Se sabía perteneciente a una cultura y en esa medida era fiel a los paradigmas de esa cultura, pero no dejaba de asomarse con mucha curiosidad a todo lo que veía y a partir de ese momento sintió que él quería contar todo eso, quería hacer un poema sobre ello. Ya no era solamente un interés por la historia y por las peripecias, sino que siguiendo sin duda las lecciones de su maestro Gonzalo Fernández de Oviedo y de algunos otros cronistas para los que no solamente era importante la historia y la cultura, sino la naturaleza misma. Él quería contarlo todo e hizo un poema muy abarcador. Y como todo poema de esas dimensiones tiene momentos más intensos poéticamente que otros, pero es un gran versificador, un gran rimador. Es un hombre que a edad tan temprana, en las últimas décadas del siglo XVI, ya maneja bien los recursos de la versificación italiana que habían incorporado Juan Boscán y Almagáver y Garcilaso de la Vega a la lengua.

Juan de Castellanos, enumera Ospina, escribe muy buenos endecasílabos y muy buenas octavas reales, y no quiere adornar, es muy austero, muy directo, por eso fue desdeñado y reprobado porque no usaba todo el arsenal de metáforas que se esperaban de un poeta de aquella época. Es muy directo en la narración, a veces muy crudo, cosas que no eran virtudes en la poesía hace cuatro siglos, pero que sí lo son hoy y lo hace muy legible. En estos tiempos no se acostumbra leer octavas reales, pero, a pesar de esa estructura, es un poeta muy cinematográfico, muy grato de leer. Sus poemas están llenos de episodios fabulosos, de encuentros con serpientes, tigres, naufragios, incendios y batallas.

EL HOMBRE QUE ESTÁ EN TODOS LADOS

Juan de Castellanos escribió la historia de la conquista de Puerto Rico y Jamaica, relata el avance de los conquistadores alemanes por Venezuela al mando de Ambrosio Alfiñguer y Felipe de Hutten, aborda la campaña de Pedro de Heredia por el Sinú, una región que hoy es colombiana, narra el cruce de Gonzalo Jiménez de Quesada por el río Magdalena, detalla los primeros ataques de los corsarios ingleses en las fortalezas del Caribe, recrea el descubrimiento y el avance sobre el río del Amazonas por

Por las páginas escritas por Juan de Castellanos, explica Ospina, se alzan ante nuestra mirada las selvas de América como fueron hace mucho, antes de que nuestra desdicha las arrasara.

Francisco de Orellana y las batallas de Pedro de Ursúa en la segunda expedición del Amazonas, así como su muerte a manos del terrible Lope de Aguirre.

Estuvo en todas partes, sostiene Ospina, y habló con testigos de los sucesos que no presenció. Empezó a escribir *Las elegías...* cuando tenía cuarenta y cinco años y ésta es la razón por la que empiezan con el verso “a cantos elegíacos levanto con débiles acentos voz anciana”, por lo que tener cuarenta y cinco años en esos tiempos era ser un viejo y, aun así, murió de ochenta y siete y durante tres décadas escribió su largo poema.

Aunque no censura la conquista, concede Ospina, el guerrero censura sus excesos:

Y así fue que los hombres que vinieron
 en los primeros años fueron tales
 que sin refrenamiento consumieron innumerables
 [indios naturales
 tan grande fue la prisa
 que les dieron en uso de labranzas y metales
 y eran tan excesivos los tormentos
 que se mataban ellos por momentos
 lamentan los más duros corazones
 en islas tan al plenum abastadas
 de ver que de millones y millones ya no se ven
 [rastros ni pisadas
 y que tan extendidas poblaciones estén todas
 [vencidas y asoladas
 y de ellas no quedara hombre viviente como cosa
 [propia de la mente
 nosotros los baquianos que vivimos todas aquí estas
 [cosas contemplamos
 y recordándonos de lo que vimos y como nada
 [queda que veamos
 con gran dolor lloramos y gemimos
 con gran dolor gemimos y lloramos.

Entre tanto desastre surge una amistad singular entre Juan de Castellanos y Pedro de Ursúa, quien, en palabras de Ospina, ya estaba en los últimos tiempos de su barbarie en la sierra nevada de Santa Marta donde trataba de sojuzgar a los taironas.

“Ursúa tenía ese don de carácter tan interesante de los conquistadores”, relata el escritor colombiano, “era un bárbaro en la guerra, pero era un hombre culto, refinado, muy elegante y muy buen amigo de sus amigos, de una gran lealtad. Entonces fue muy amigo de Castellanos”.

Cuando Ursúa cayó en desgracia y tuvo que huir para salvar la vida, Castellanos lo acompañó en su refugio en Pamplona, pero se separaron en Santa Marta cuando Castellanos recibió de su madre unos documentos que requería para volverse clérigo. Eso lo salvó de compartir la suerte de Ursúa quien partió hacia Perú para iniciar la conquista del Amazonas y morir a manos de Lope de Aguirre.

“Ursúa había organizado la segunda expedición al Amazonas y un amigo le advirtió que, de todos los hombres que había reclutado, era mejor que no llevara a diez de ellos y aunque le dio sus nombres, Ursúa, quien confiaba demasiado en sí mismo, no prestó atención y tres meses después de partir de Moyabamba, ya entrando en la selva, esos diez hombres señalados por su amigo le había recomendado entraron a su tienda y lo atravesaron con sus espadas y así fue que la expedición quedó en manos de Lope de Aguirre”, explica Ospina.

Ése es el momento donde comienza *Aguirre, la ira de Dios*, del cineasta alemán Werner Herzog. Ése es el momento donde Juan de Castellanos inmortaliza al guerrero vasco, como un atisbo del averno, con los siguientes terribles versos:

El era de pequeña compostura
 Gran cabeza, grandísima viveza,
 Pero la más perversa criatura
 Que de razón formó naturaleza:
 Todo cautelas, toda maldad pura,
 Sin mezcla de virtud ni de nobleza;
 Sus palabras, sus tratos, su gobierno
 Eran semejantes al infierno. **U**



William Ospina

© Javier Naranjo